

LORENZO MEYER

Entrevista con Mauricio Merino Huerta

L A REVISTA DEL COLEGIO: *¿ cómo se podría definir el tamaño del Estado, si es que puede hablarse de tamaño ?*

LORENZO MEYER: La pregunta es sencilla; la respuesta no: todo depende de las circunstancias históricas. En nuestro caso particular —para ir a algo muy concreto— el tamaño del Estado dependió de las fallas de otras estructuras y fuerzas sociales. Cuando el Estado moderno nace, allá por el siglo XV, en Inglaterra, Francia, Portugal, España, la sociedad había ya logrado una identidad mínima y una integración propia. Esa transformación hizo posible el paso de la fragmentación medieval a una nueva etapa, que surgió con una base más o menos sólida. Dependiendo de lo que esas sociedades eran, deseaban y podían ser, debatieron y lucharon al interior y sus fuerzas más importantes impusieron su proyecto.

El caso mexicano es exactamente al revés. Aquí resulta que desde el encuentro con Europa (¡vaya encontronazo!) México no tenía una organización social global; era un mosaico de sociedades que la conquista unió, pero cuya heterogeneidad permanece hasta el final de la Colonia. El siglo XIX nos encuentra formalmente como una Nación, pero en la realidad no lo éramos. Probablemente en algún punto de este siglo ya lo fuimos, pero la urgencia de tener un Estado no podía esperar a que primero la sociedad se desarrollara y consolidara, para ser del tamaño y la densidad necesarias. No. Había que crear el Estado de inmediato, en el momento mismo en que se toma y puede imponerse la decisión de la Independencia. De modo que ese Estado nace sin una base social adecuada y su tamaño y papel va a depender, entonces, de la interacción entre una sociedad que no estaba lista, y la necesidad de una política de carácter nacional, entre otras cosas, porque México tenía que defenderse de otras sociedades más avanzadas. Era una cuestión, sin exagerar, de vida o muerte. Pero eso obligó al Estado mexicano a ir moldeando a su sociedad, en un proceso exactamente opuesto al que siguieron los primeros Estados nacionales.

Nosotros surgimos como Nación a contrapelo de la

realidad. El tamaño del Estado, pues, estuvo en función de las ausencias. Y todo era ausencia, pues en realidad no había siquiera en la primera mitad del siglo XIX una lengua común: había un montón de pequeñas unidades sociales en las que el idioma español era medio conocido, o totalmente ignorado. La geografía pedía, exigía, sociedades aisladas, cerradas. Pero el Estado requería y exigía lo contrario: a pesar de la geografía, necesitaba de un todo integrado. Así que el Estado mexicano tuvo que hacer la integración física y cultural de muchas pequeñas sociedades, de pequeños mercados aislados, de pequeñas culturas. Y como no había realmente una clase económica dirigente y unida (había, ciertamente, capitalistas y capitales fuertes, más grandes de lo que hemos querido aceptar. Había empresas que eran, a la vez, bancos, casas comerciales y centros productores, todo en la misma persona, en el mismo grupo. Y aunque había mexicanos, los más importantes eran extranjeros). El Estado tuvo que tomar para sí mismo el papel de la burguesía: el papel de productor, de integrador, de creador de la cultura y de introductor del orden.

¿Qué ocurrió? Que pese a la ideología liberal que dominó la segunda mitad del siglo XIX —y yo creo que todavía en una primera parte de la Revolución— ideología que estaba basada en el Estado mínimo, la realidad llevó inevitablemente al Estado máximo. La ideología se hizo a un lado, las necesidades se impusieron y el Estado empezó a meterse en todo y con todos. Y esa es la causa de que tengamos hoy un Estado grande y una sociedad débil. Fueron las fallas históricas de nuestra sociedad. El accidente de haber tenido que integrar una nación, de lo que era un mosaico.

¿El debate actual supondría que las condiciones han cambiado, que hay ahora una sociedad capaz de ir ocupando los espacios que el Estado va dejando vacíos?

Sí. Yo doy un sí rotundo a la pregunta y luego añadiría algunos matices, algunas excepciones. La geografía no ha sido derrotada del todo, pero tenemos el ferrocarril desde fines del siglo XIX: las carreteras desde los años veintes y treintas; y del telégrafo pasamos al teléfono, a las mi-

croondas y los satélites. Ya hay actualmente una capacidad de comunicación instantánea entre casi toda la sociedad. También y finalmente, existe una cultura que, aunque con diferencias entre el norte, el centro y el sur, de todas maneras ha extendido valores y usos comunes. Por muchos años ha existido una educación pública —más mala que buena— pero que ha introducido una idea general de lo que es México: los niños saben cuál fue la Independencia, cuál es el sentido básico del proceso histórico mexicano. Creo, por otra parte, que la destrucción del campo —que me parece una desgracia en casi todos sentidos—, tiene un aspecto positivo: hizo que México se volviera una sociedad urbana y eso ha facilitado la comunicación de valores e ideas, la homogeneización de la sociedad ha puesto al México de clase media e, incluso, al de clase baja, en comunicación con los procesos mundiales. Eso era inimaginable en el siglo pasado, donde había una enorme cantidad de mexicanos más cercanos al siglo XV que al suyo propio. Ahora, en más de un sentido, el grueso de los mexicanos somos ciudadanos de nuestro tiempo.

El grueso de los mexicanos ya sabemos algunas de las tareas que nos esperan en el siguiente siglo. Y una de las cosas que hemos aprendido es política comparada; no en las universidades, no en la educación formal, pero sí en la educación informal: a través de los medios. Sabemos cuáles son los valores de otras sociedades y cómo funcionan. Nunca hemos experimentado en la práctica la democracia liberal, y, sin embargo, más o menos nos imaginamos cómo son algunos de los procesos políticos en las sociedades industrializadas de Occidente en donde sí existe Estado de Derecho y sí hay sistemas democráticos. Insisto: no los hemos vivido directamente, pero ya se sabe en qué consisten esos procesos.

En resumen, se ha instalado una conciencia política en el mexicano que casi ha derrotado al parroquialismo, al provincialismo del pasado, para permitirle estar más a tono con la modernidad. Si ya hay una unificación física del país; si ya existe un mercado nacional y una cultura que tiene, en política, más o menos las mismas características en el norte y en el sur; si podemos tener un lenguaje común mínimo en política, ya puede la sociedad mexica-

na estar a la altura del Estado. Ahora se trata de que el Estado se adecue a las necesidades de la sociedad.

Eso marcaría dos líneas: por un lado, la estrictamente política; es decir, la que tiene que ver con la democracia. Y por otro lado, la que se refiere a los espacios que la sociedad civil puede llenar en materia de producción, de intercambio no sólo doméstico sino con el resto del mundo. ¿Esa conciencia, de la que usted habla, se manifiesta también en el terreno económico? ¿Ahí también ha crecido lo suficiente la sociedad civil como para suplir el papel del Estado?

No lo sé: no es mi campo. Acepto que el análisis económico es un tema muy complejo, en el que se requieren estudios realmente especializados. Los economistas son los monopolizadores de este conocimiento y nosotros, en la Ciencia Política, algo podemos decir al respecto, pero no con autoridad. No sé hasta que punto existe una clase empresarial mexicana capaz de competir, por ejemplo, con los chinos, para satisfacer demandas del mercado mundial. Y es que necesitamos competir con los otros marginados en ascenso. No vamos a competir con las economías centrales industrializadas, estamos en el terreno de las ligas menores, compitiendo como proveedores de algunos bienes y servicios que las sociedades de la economía central nos demandan. Estamos, en realidad, en una lucha y en una comparación no con Estados Unidos, Alemania o Italia, sino con Taiwán, Hong Kong, Brasil, Argentina. No tiene sentido compararnos con los grandes sino con los medianos y, en ese campo, tengo la impresión de que todavía estamos atrás: somos atrasados entre los países intermedios, aunque no estemos en la liga de los más rezagados.

Nuestra economía puede ser viable, aunque yo no puedo aspirar a ser una economía central, como lo creyeron los criollos en algunos momentos del siglo XIX, con un optimismo desenfrenado. Ya no. Se nos acabó ese optimismo; se nos acabó, incluso, el optimismo de la Revolución que pensó en que era posible salir del subdesarrollo. Ahora tenemos que luchar por mantenernos en plano secundario pero digno, viable. Pero por el momento no sé si lo lograremos: aunque se asegura que ya tenemos

una economía no petrolizada, si no fuera por el petróleo ¿dónde andaríamos? Todavía dependemos de lo que extraigamos a la naturaleza, más de lo que le extraigamos a nuestras capacidades tecnológicas, de organización, de productividad de nuestra planta industrial. Pero puede ser que con un poco de suerte, cierta modestia y muchos sacrificios, quizá para el siglo XXI, lleguemos a estar en esa liga de naciones secundarias, pero viables.

Sin embargo, el debate que se abrió el primero de noviembre sobre el tamaño del Estado, tal como lo planteó el Presidente de la República en su Informe, fue un debate iniciado a la luz de criterios económicos. No se habló tanto de la apertura a la sociedad civil desde el lado político, cuanto del lado económico.

Sí. Yo creo que lo que podemos ver es que el modelo basado en la centralidad de la acción económica del Estado fracasó, de eso no hay duda. Independientemente de la posición ideológica que uno tenga, hay hechos objetivos. Las empresas del Estado mexicano que van desde PEMEX hasta los ingenios no fueron muestras de éxito empresarial, de eficiencia, ni de honestidad en el uso de los recursos. Hoy el Estado está renunciando a seguir en muchos de los campos que tomó antes, conscientemente se está haciendo a un lado, lo cual no garantiza que aquellos a los que está invitando a llenar los vacíos vayan a tener éxito.

En la coyuntura actual es muy difícil pensar en una alternativa al proyecto neoliberal en marcha. Las corrientes políticas, las ideologías que estaban en contra de esa reducción del papel económico y social del Estado no tienen una propuesta alternativa. El Estado grande, interventor, está reduciéndose en todas partes. Es uno de esos momentos de la historia en los cuales una de las grandes corrientes ideológicas en pugna global con otra, pierde su vitalidad porque le fallan sus apoyos sociales.

Una pregunta de apoyo: cuando hablamos de sociedad, ¿de qué estamos hablando? Quiero decir que, hasta hace algunos años, estábamos acostumbrados a traducir la palabra Sociedad en los sectores que impulsó el propio Estado: los obreros, los campesinos, las clases medias populares, los empresarios. ¿De qué hablamos ahora cuando hablamos de sociedad?

De eso y de otras cosas. Hablamos, además, de los movimientos sociales que estamos viendo. Por ejemplo: se puede estar en favor o en contra, pero cuando el Consejo Estudiantil Universitario es capaz de llenar el Zócalo sin necesidad de recurrir a ninguna de las otras organizaciones que ya existían, se revela como parte de la nueva sociedad. Cuando se pueden expresar de manera pública y sistemática, las críticas de los sectores académicos o de los intelectuales al Estado de cosas estamos en presencia de la sociedad. Lo estamos también cuando en una población pequeña, de un estado más o menos marginal, es posible poner en duda el resultado de las elecciones y movilizar a la población en contra de lo que se ve como una imposición gubernamental. De nuevo, podemos estar a favor o en contra, pero el hecho de tener a perredistas ocupando las alcaldías en Guerrero o en Michoacán, y comprobar que un gobernador, o el gobierno federal mismo, ya no tienen la facilidad que tenían en el pasado para imponer la victoria de "su candidato", es el indicador concreto de que México tiene una sociedad diferente, que ya exige y permite la creación de partidos y de organizaciones de oposición.

Hasta hace poco en México, no existía más que un sólo partido de oposición real: el PAN. Ahora hay por lo menos la posibilidad de que surja otro: el PRD. Se trata de un partido que se crea independiente del gobierno, en contra del gobierno y a pesar del gobierno. La actual es una sociedad distinta de la del pasado inmediato que aceptaba, con una filosofía muy pragmática y derrotista, que las decisiones políticas venían de arriba y que las de abajo no tenían mayores posibilidades de triunfo. Hoy se sabe que las decisiones siguen viniendo de arriba, pero también, que es posible cuestionarlas e incluso actuar en contra de la voluntad del "gran poder": del Presidente.

Esas nuevas actitudes y movimientos políticos, esa voluntad de organizarse (el sismo del 85 es un símbolo de esa capacidad de la sociedad de crear organizaciones no imaginadas por el gobierno), nos dicen que la expresión concreta de lo que se entiende por sociedad es la autonomía de los grupos en sus capacidades para actuar por sí mismos, contra o independientemente del poder

político central, que por mucho tiempo dijo ser la verdadera y única expresión de lo colectivo en México.

Recuerdo un artículo suyo que comentamos mucho: "La Perestroika sin Glasnost". Y lo recuerdo porque lo que está comentando ahora hace pensar que, por el lado económico, la discusión sobre el tamaño del Estado se origina en un reconocimiento a una serie de errores; mientras que, por el lado político, es justamente eso lo que falta.

En efecto, antes de venir a esta entrevista estaba pensando en eso; estaba dándole vueltas a la idea con ayuda de un libro de Norberto Bobbio (que acaba de publicar el Fondo de Cultura Económica: *Liberalismo y Democracia*). En esa obra Bobbio señala que el neoliberalismo —y nuestros líderes están ahora comprometidos con esa visión del mundo— tiene su origen en una reacción de la sociedad burguesa frente al Estado absolutista del siglo XVIII. Los individuos más destacados de esa burguesía crearon entonces una visión del mundo en la que el Estado aparece como un elemento necesario pero peligroso, pues tiene el potencial de actuar como el enemigo fundamental de las libertades y de la felicidad social. Para los liberales originales resultaba indispensable tener al Estado limitado en todos sus aspectos: en sus funciones económicas y sociales y en su poder político. Los neoliberales de ahora, al menos los mexicanos, aceptan el primer punto —la reducción del campo económico social del Estado— pero no el segundo; de ahí su negativa a abrir el sistema a las elecciones competitivas.

Cuando el poder político habla de un Estado no obeso, pero fuerte, desafortunadamente lo dice en serio. Lo dice en el sentido de no aceptar más limitación que en las responsabilidades económicas del Estado. Sin embargo, para ser realmente un país políticamente moderno, también hace falta la otra limitación, la que quite a México su carácter autoritario. La pregunta de Montesquieu aún no es realidad entre nosotros: el Ejecutivo aun subordina al Legislativo. Y la reforma electoral, propuesta por el gobierno, busca que el partido del Estado, aún y cuando no tenga la mayoría de los votos en las elecciones federales que vienen, en el Congreso tenga mayoría. Y sabemos que la mayoría, si es la

del partido oficial, estará inevitablemente subordinada al Ejecutivo.

En contraste con la realidad que vivimos, el modelo neoliberal exige un poder local con autonomía real. Por la forma como se quitó a Mario Ramón Beteta del gobierno del Estado de México, por ejemplo, se ve que el Ejecutivo Federal insiste en no respetar ni las formas de la autonomía local.

En fin, en México ahora estamos frente a la fidelidad a sólo una de las dos caras del modelo neoliberal: la de limitar las funciones del Estado en lo referente a la economía y a ciertas obligaciones sociales que había contraído. Para que se hablara de una modernización real, de una modernización que pusiera a México a tono con los países que parecen ser modelo de los actuales dirigentes mexicanos, se requeriría aceptar la otra cara: terminar con el autoritarismo. Pero nuestros gobernantes siguen anclados en el pasado, en un pasado lejanísimo, y por ello siguen siendo herederos, en algún aspecto, de la forma de poder colonial y, desde luego, de la forma de poder autoritario del porfiriato y del autoritarismo transformado que surgió después de la Revolución.

Mientras no se respete realmente el juego de los partidos y éstos no tengan una auténtica vida propia, nuestra modernización va a ser una modernización a medias: un híbrido. No digo que no pueda tener algún éxito. El autoritarismo neoliberal tuvo éxito en Chile durante algún tiempo. Se ha hablado en varias ocasiones de algunas genuinas peculiaridades mexicanas que no corresponden a ningún otro sistema; y algunos autores, a la hora de clasificar los sistemas políticos de mediados del siglo XX, ponen a México solo, porque no tiene muchas compañías. Tal vez vamos a seguir intentando ese rasgo de originalidad, tratando de que sea viable nada más la mitad del proyecto neoliberal. Quizá esa decisión tenga detrás la confianza de los gobernantes en que la cultura política mexicana sigue siendo parternalista; que el peso del pasado indígena está ahí, y que con ir a Chalco y empaparse de pueblo, de vez en vez, es posible volver a capturar la lealtad de las masas; una lealtad que nunca estuvo fincada en la democracia. Creo que ese es un camino muy arriesgado, pues la cultura política mexicana ha cambiado.

No se puede intentar el cambio económico sin hacerle concesiones a la política. Pero en México la élite política está tratando de poner todos los obstáculos habidos y por haber al cambio político. Y en esto tienen el apoyo de la burocracia, de los líderes empresariales, que tienen mucho miedo a una apertura del juego político, y tienen el apoyo del mundo externo, en particular de los norteamericanos.

¿No está faltando una reflexión mucho más cuidadosa sobre el concepto mismo de Estado en México, para evitar que prevalezca esa confusión entre Estado y aparato del Estado, entre Estado y partidos, entre Estado y sociedad? Y es que de pronto todos esos conceptos parecen adueñarse del concepto mismo de Estado. ¿No haría falta detenerse a reflexionar sobre lo que es el Estado y sobre quiénes participamos en él?

Sí y no. Depende desde dónde se le vea. Desde el lado del gobierno no hace falta esa reflexión: al contrario, es muy conveniente seguir manteniendo la confusión. El discurso político mexicano, desde hace mucho, quizá desde el principio de nuestra historia, ha tenido como una de sus constantes la de tratar de crear con palabras una realidad que no existe. El discurso trata de ser puente entre lo que es y lo que debería ser; intenta, en un juego de espejos, aparecer lo deseable como lo real. El Estado, se dice, somos todos, es el auténtico representante del bien común, no hace falta diferenciar sociedad y Estado pues ambos caminan ya en la misma dirección. Sería obligación de la oposición, de los que están fuera, tratar de ir aclarando la confusión.

Suponiendo que se aclararan esos términos, y que el crecimiento de la sociedad finalmente permitiera que la oposición se integrara, como parte del Estado, haciendo en lo político lo que se está intentado en lo económico, suponiendo que ocurriera eso: ¿estaríamos caminando hacia el liberalismo tipo Fukuyama, es decir, hacia ese destino común al que aparentemente está confluyendo el mundo, o estaríamos a pesar de todo en un camino distinto?

Es una buena pregunta. Me preocupo tanto por el cómo poder llegar a eso, que ya no me queda energía para ver cuál sería el problema una vez que vivamos en la democracia. Es como en una guerra: uno debería de estar

a la vez pensando en la batalla siguiente y en lo que sucederá cuando se acabe la guerra, cuando las batallas terminen y cuando se abran nuevos horizontes, demandas y oportunidades. No tengo una idea clara de qué haría la sociedad mexicana cuando lograra, si es que lo logra, llegar a un pluralismo político. En ese sentido soy optimista, pero con un optimismo basado en lo que uno puede ver en otras sociedades en donde se ha llegado a la construcción de ese complejo aparato institucional: en donde el poder está neutralizado por el poder. Yo creo que la tarea fundamental de México —la tarea sustantiva, la tarea última, la que realmente nos da sentido— es, en efecto, la de crear un modelo económico que permita un crecimiento sostenido, y que ese crecimiento se haga dentro de un esquema de justicia, entendida ésta como la entendemos ahora después de tantos siglos de evolución política de Occidente: como una justicia sustantiva, donde la desigualdad, sin que desaparezca porque eso ya sería utópico, no le impida al individuo que nazca en las clases subordinadas una vida con oportunidades.

Creo que con el pluralismo político eso podría tener una mayor viabilidad. El Estado grande, como el que tuvimos, se justificó en base a una demanda de justicia social. Se decía: "la democracia social es la democracia sustantiva, mientras que la democracia política es asunto secundario. Es absurdo andar gastando la poca pólvora que tenemos en una lucha entre partidos. Vamos a centralizar las fuerzas y a llevar a la sociedad hacia adelante". En ese proceso se corrompieron muchas cosas y quienes estaban encargados de llevar a México a etapas más justas, en realidad perpetuaron y se beneficiaron de la injusticia. Fueron los que crearon las instituciones que nos hacen una sociedad casi tan desigual y separada en sus extremos.

Si ya probamos que por la vía autoritaria no fue posible superar la injusticia, entonces a lo mejor por la vía de la pluralidad política, de los grupos contrapuestos que diriman sus oposiciones, reales pero superables, por la vía de la negociación, dando un poco al otro para permitirle vivir, nos aproximaremos a una sociedad menos brutal en sus desigualdades. Cuando las desigualdades sean menos brutales el grueso de los mexicanos estarán en condicio-

nes de salir adelante según sus posibilidades, capacidades e intereses y no, como es en este momento, según la clase social a la que pertenecen. Esa tiene que ser la tarea. Y tal vez el pluralismo político ya no sea visto como un obstáculo para la rapidez con que se necesitaba deshacer injusticias históricas, sino la única manera de enfrentarse y superar la injusticia histórica. La democracia política no es un lujo sino una necesidad.

El pilar del Estado es el aparato rector de la administración central y de la para-estatal, y a todos ellos los organice una ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública para darle una dimensión de apertura y transparencia a la vida social. El objetivo es que el Estado sea más transparente y que permita una mayor participación ciudadana en la gestión pública. El pilar del Estado es el aparato rector de la administración central y de la para-estatal, y a todos ellos los organice una ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública para darle una dimensión de apertura y transparencia a la vida social. El objetivo es que el Estado sea más transparente y que permita una mayor participación ciudadana en la gestión pública.

No estoy convencido de que el pilar del Estado sea el aparato rector de la administración central y de la para-estatal, y a todos ellos los organice una ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública para darle una dimensión de apertura y transparencia a la vida social. El objetivo es que el Estado sea más transparente y que permita una mayor participación ciudadana en la gestión pública.